

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“Por mucho que vuelva a ver mis pinturas, siempre vuelvo a ver a Van Gogh. Por él, entre otras cosas, soy pintor. Vuelvo a verlo y no falla jamás. Es como Bob Dylan, en música, lo tengo en lo más alto. Es el más entregado en pintura”.

¿Y cuál ha sido su gran desafío en el arte?: Lograr la iluminación, haciendo nada —ríe—. ¿Y su mayor aporte al arte? “Mi aporte es detener un poco el tiempo... Eso me permite tener un espíritu más puro”.

Es un extracto de un preciado video en que el pintor Eduardo Mena Concha (1964-2021) conversa con el poeta y documentalista Santiago Elordi, cofundador del mítico diario “Noreste”. Mena, a secas, como él se llamaba, fue un personaje, como pocos, auténtico y un asombroso pintor que desarrolló gran parte de su trayectoria en la bohemia de Valparaíso. Pintó y vivió sus nocturnos, los almacenes de los cerros, las botillerías, las empuñadas callejuelas empedradas; dibujó a los niños y a sus habitantes más humildes.

El productor Matías Cardone acaba de publicar el libro “Mena”, presentado en el Museo Baburizza, en medio de una retrospectiva sobre el artista. El volumen —con 180 imágenes a página completa— hace vívidos los sensibles testimonios pictóricos de Mena. “Investigamos y logramos fotografiar más de 500 cuadros suyos y seleccionar sus mejores obras para el libro —cuenta Cardone—. Y mi objetivo es que pase a integrar la historia del arte chileno”.

Hay breves textos del artista en el libro; participó su hermano médico y crítico de cine, Beltrán Mena; hay observaciones de Santiago Elordi; del pintor Gonzalo Ilabaca y escribe el curador Juan José Santos.

Eduardo Mena con cultura, sensibilidad y calidez, optó por una “vida pura”. Dejó atrás el confort de su familia y decidió vivir ajeno a lo material, incorporando su entorno, con sus figuras y luces, y sus obsesiones como la música, el ajedrez, su grupo de amigos, sus mujeres y su querido hijo Jario. Él retrató lo que amaba.

Poesía y arte. Su hermano Beltrán

La poesía y el arte integraron su vida. Beltrán Mena cuenta a Artes y Letras que su hermano Eduardo estuvo siempre al tanto del periódico de poesía Noreste, el diario que comenzó en 1985, “pero demoramos en tener oficina y la casa familiar era la sede. Eduardo participaba de todo el ajedrez, conocía a mis amigos, escuchaba las discusiones sobre arte y poesía. En un número se encargó de pintar los signos del Zodiaco. En ese período estaba dejando la carrera de Arquitectura y comenzando a pintar. Noreste fue un ingre-



Sus años en arquitectura lo marcan. “Rara vez se equivocó en una perspectiva. Atrapaba bien las calles y las construcciones”, señala Beltrán Mena.



El expresionismo es esencial. “Hermanos de la noche”, con su notable uso del color. Para él, Van Gogh fue clave.

HOMENAJE | Un artista “puro”

El singular mundo del pintor poeta

“MENA”

Un libro muy visual, presentado en el Museo Baburizza, pone en valor la talentosa y genuina pintura y biografía de Eduardo Mena, desarrollada esencialmente en la marginalidad de Valparaíso, revalorizando lo más humilde. Su hermano médico y crítico de cine, Beltrán Mena, y los artistas Pía Subercaseaux y Gonzalo Ilabaca, recuerdan aquí pasajes de él.



“Quizá para descansar del sol comencé a pintar la noche”, escribe Eduardo Mena “Camino del Inca en cerro Cordillera”. Y autores como Rimbaud, Cendrars, el “Meaulnes”, de Fournier, lo acompañaron hasta el final.

diente más en un período muy inquieto para él”.

Y recuerda su cercanía. “Recibimos la influencia de nuestro padre, un tipo creativo, excéntrico y sensible, que nos estimulaba mucho en lo artístico. Nosotros dos siempre nos recomendábamos libros. Compartimos los héroes de Dumas, los gustos musicales... En un encuentro en París visitamos la tumba de Jim Morrison, brindamos con un botellón de vino, primero con Modigliani, después con Morrison, hasta que un guardia nos echó. Luego pintó un cuadro de ese lugar: “La tumba del poeta alucinado”. Después compartimos gustos y autores más sutiles: Rimbaud, Cendrars, el “Meaulnes”, la novela de Fournier... todos ellos lo

acompañaron hasta el final. El último cuadro que pintó fue “El gran Meaulnes”. Creo que se identificaba completamente con el personaje de Alain-Fournier: buscando en el bosque, seguro de que volvería a encontrar la mansión iluminada donde alcanzó a saborear por un momento el baile y el amor”.

Las páginas del libro van sumergiendo en la sensibilidad y periodos pictóricos que Mena reagrupó y tituló —con humor— citando a grandes maestros: Goya, Van Gogh, Gauguin y hasta llegar finalmente a sus Nocturnos... En su etapa de pintor decidido se aprecia “un estudio psicológico más profundo de sus retratados habituales, sean trabajadores, bebedores, compradores en mercado y so-

riferico, marginal. Su “observación está desprovista de todo sentido de la ambición”, destaca Elordi.

Para el pintor Gonzalo Ilabaca —gran amigo de Mena, quien comenzó a pintar en 1988 en su taller en la Vega central—: “Viajar estaba entre sus preferencias: fuera por Europa, Grecia, o los museos de arte cuando era joven. Y por los pueblos de México, la Tirana, Hércón o Valparaíso cuando había asumido que ser pintor era lo suyo. En sus imágenes buscaba siempre lo más antiguo, lo ancestral, lo mágico, lo originario como las canciones de Simón Díaz”.

Amigos. La “elegancia”

Unas de sus series mágicas surgieron en San Miguel de Allende en México. Pinta a sus personajes, la magnífica iglesia, la estación de trenes, la ciudad, desde lo alto. Sobresale una arquitectura poética. Beltrán destaca lo arquitectónico en casi todos los cuadros que viene de sus estudios de croquis en la universidad. “Rara vez se equivocó en una perspectiva. Atrapaba bien las calles y las construcciones. Incorpora después, en el puerto, casas y edificios que impregna con esa calidez que retrata a las personas. Oscurece las fachadas para destacar las luces interiores, como mostrando a través de las ventanas el alma del edificio”.

Gonzalo Ilabaca define a Me-

na como “un tipo elegante, aunque vistiera a veces como mendigo para entrar a aquellos lugares perdidos, camuflarse, y pintar tranquilo. La palabra que definía su actitud de vida era relajado”. Y su mundo más cercano en Valparaíso fue ese grupo de incondicionales amigos artistas. Como Pía Subercaseaux, quien relata a Artes y Letras que “tuvimos una relación pictórica y de amistad muy larga, desde 1996 hasta sus últimos días. Mena, Gonzalo Ilabaca y Salvador Amenábar eran mis maestros. Todo lo que es aprehensible lo hice de ellos. Salíamos a pintar, visitábamos los talleres, hablábamos del arte, de la vida, compartíamos también como familias. Pasábamos horas con libros de pintura mirando y analizando obras y artistas. Cada junta con él era calidez, humor, inteligencia, arte. Era muy culto”.

La artista agrega: “Tenía planeado venirme a vivir a Santiago. Pero me convencí de quedarme en Valparaíso gracias a una celebración en la casa del Mena y Adelaida. Le agregé a mi visión de esa ciudad una manera de vivirla y llenarla de alegría, arte y amigos. Una ciudad algo melancólica que se muestra por sus ventanas y escaleras que él las vivía sin temor, y así se ve en sus cuadros. En su pintura estaba su manera de mirar el mundo, hablaba de una calidez humana sobre todo de lo que se encuentra en lo sencillo. Admiro lo auténtico y único de su pintura. Su pintura era el sin pretensión, pero con ese talento, asertividad y espontaneidad en el dibujo, el color, las composiciones...”.

Eduardo Mena escribe en su última etapa: “Quizá para descansar del sol comencé a pintar la noche. Aquí empieza mi época nocturna que ni piensa en acabarse más”. Fue entre 2001 y 2021. Esos sobrecogedores nocturnos son tal vez su obra más lograda con una singular fuerza y belleza poética. Pero, al final, la pintura pareció perder para él esa cualidad de “relajo”. Partió al cajón del Maipo y pinta las piedras. Su cáncer había avanzado... Y como dijera su hermano Beltrán en su despedida en 2021: “Finalmente falló tu

cuerpo, se soltaron las amarras y todo se vino abajo... Durante estos últimos años los que te queríamos te transportamos de aquí para allá para apretar una tuerca, rellenarte de sangre, parchar una vena... Pero así es la cosa: estamos hechos de materia. Pero también somos ternura y pintura, que en algunos idiomas llaman poesía, en otros música, arquitectura y ciencia”.

Oscurece las fachadas para destacar las luces interiores, como mostrando a través de las ventanas el alma del edificio”.

BELTRÁN MENA



MENA. PINTURAS 1985-2021
Producción: Matías Cardone
168 págs., 180 imágenes
En librerías: \$28 mil.



Mena pintó con talento y poesía su entorno sencillo. Su obra era él.

bre todo niños que juegan y corren”. Y lo que pinta no solo responde a su interés estético, “sino que hay un relato que el espectador puede descubrir”, reseña el libro. Cuenta historias que pertenecen a un mundo pe-

Crítica de arte

CLAUDIA CAMPAÑA

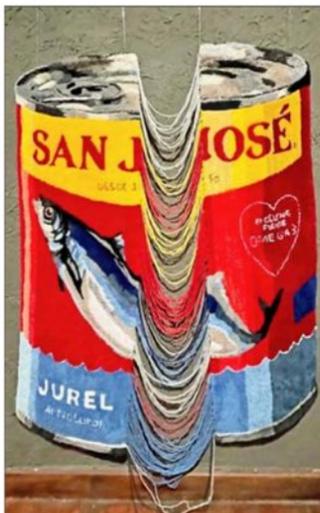
Lo Matta Cultural

“Artefacto 2024”: artistas emergentes

Restan pocos días para ver en Lo Matta Cultural las obras seleccionadas del concurso de arte joven “Artefacto 2024”, convocatoria para artistas emergentes residentes en Chile de 18 a 35 años, que podían enviar fotografías, pinturas, grabados, dibujos, esculturas, instalaciones y grabados.

Un jurado compuesto por los artistas visuales Voluspa Jarpa y César Gabler y por el gestor cultural de Fundación Antenna, Sebastián Leal, escogió obras de once hombres y siete mujeres entre más de 170 postulaciones. El primer lugar fue adjudicado a Celeste Chávez, egresada de la Universidad Finis Terrae, por la escultura “Curso del agua en un pequeño arroyo sedimentado”. Se trata de cuatro contenedores de arcilla conectados por una manguera, una estructura que funciona como una suerte de máquina artesanal para limpiar y conducir residuos fluviales (pertenecientes al río Mapocho según indica la cédula), obra que fue expuesta el año pasado en la muestra “Ritos para afectar al porvenir” de la galería de Balmaceda Arte Joven.

El segundo puesto fue para Magdalena Araya Schröder por su escultura “Mala hierba nunca muere”, exhibida este verano en “Colectiva” de Galería Concreta (Matucana 100) y que destaca en este mismo espacio. Consiste en una pieza de cerámica blanca y arcilla de papel; un cardo de 160 cm de alto plantado en un macetero y con código de barra incluido, remediando las plantas de materiales sintéticos que decoran hogares y espacios públicos —esta especie vegetal posee por sus espi-



Daniela Jiménez. “Saint José”, 2024 (arte textil).

nas un simbolismo doloroso y la autora intenta con su propuesta enfatizar la “artificialidad” que actualmente nos rodea.

El tercer lugar fue para Benjamín Melo González, quien presentó “Cartografía del primer mundo”; literalmente, un puzle grande (90x137cm) cuyas 4.000



Vista parcial sala segundo piso de Lo Matta Cultural.

piezas de cartón forman un mapamundi que opera como “sátira del orden mundial”. En un intento de inquietar a quien observa, hay alteración de los datos geográficos, borrando por ejemplo parte de Norteamérica y África o reemplazando Sudamérica por Australia. Se invita así a un juego que pone a prueba la memoria para descubrir qué se ha suprimido y modificado —a propósito, el primer puzle fue un mapa fabricado en 1766 por John Spil-

bury, un cartógrafo y grabador inglés cuya intención fue crear un instrumento para enseñar geografía.

Además de los tres primeros lugares, la convocatoria otorgó menciones honoríficas a Daniela Jiménez, Martín Bonnefont Gacitúa e Ismael Sepúlveda Rojas. De la primera es “Saint José”, un muy buen tuftado (técnica textil que se usa para crear flecos de alfombras inyectando con una pistola los hilos a una tela) de 150 x 150 cm que no pasa inadvertido. Rememorando el léxico del Pop Art y en especial la estética de los lienzos de conservas Campbell

de Andy Warhol —que aludían al lado oscuro del consumo—, el tejido de Jiménez recrea un tarro de jurel al natural de San José. Este sin embargo se interrumpe en la mitad, con lo cual las hebras cuelgan en cascada y se convierten en una suerte de “red de arrastre”, provocando la impresión de que atrapan a la figura del pez de la icónica etiqueta. “Las redes de pesca hacen eco de las complejidades de la vida marina y las interacciones con el medio ambiente”, explica la cédula. Bonnefont por su parte presenta “Monumentos nacionales”, tres pequeñas esculturas en bronce que representan latas de bebidas aplastadas en el suelo (basura) y que es fácil pasar por alto si no fuera porque están sobre una delgadísima placa negra; un cuestionamiento al significado de monu-

mento urbano y un guiño a las “Latas de cerveza” (1960) de Jasper Johns. Finalmente, de Sepúlveda Rojas es “Pasarela Márquez de Ovando”, una pizarra pintada con acrílico por ambos lados que muestra una pasarela vacía resultante en tonos grises; una imagen lúgubre de una construcción “para conectar y determinar vidas”, respecto de la cual la cédula dice lo siguiente: “Homenaje a mi tío Narciso Sepúlveda, quien fuera asesinado en esa pasarela el año 1975”.

Aunque hay varias obras bien logradas y la sala del segundo piso de Lo

Matta Cultural es amplia, la contaminación visual —que genera el patrón construido por el techo artesonado y el suelo de madera de distintas tonalidades— debiese ser reducida por los muros que, sin embargo, se pintaron de gris oscuro y fueron revestidos con una textura rugosa de pigmento mezclado con aparentes restos de paja; el resultado, una superficie irregular que incluso impide colgar derechas las cédulas y las obras bidimensionales. La iluminación, fundamental en una muestra, tampoco ayuda a poner en valor las obras; más aún, las paredes absorben la luz: un espacio a repensar desde una perspectiva contemporánea para hacer más atractivo al visitante lo expuesto.

ARTEFACTO. XIII VERSIÓN CONCURSO DE ARTE JOVEN
Lugar: Lo Matta Cultural, Vitacura
Hasta: 25 de julio de 2024